

diferencia que no será posible siquiera establecer un razonable parangón.

Confieso, mi estimado amigo, que estas reflexiones son de gran peso; y que á mi juicio deciden la cuestión, bajo el punto de vista histórico, considerando en masa la humanidad, y habida razón de las compensaciones arriba indicadas: por manera que tengo por demostrado que la humanidad ha progresado siempre, que su estado fué mejor en los siglos medios que durante la civilización antigua, y que actualmente se aventaja en mucho á la de todos los tiempos anteriores.

¿Cómo, me dirá V., es posible olvidar la confusión y las calamidades de la época de la irrupción, y la tenebrosa ignorancia, la asquerosa corrupción que la siguieron? ¿Podremos decir que la humanidad del tiempo de Atila era comparable con la del siglo de Augusto? Yo creo sin embargo que esto, tan falso y absurdo á primera vista, es rigurosamente verdadero, y además susceptible de una demostración tan cabal, que nada deje que desear. La difusión de las verdaderas ideas sobre Dios, el hombre, y la sociedad, y las relaciones que entre sí tienen, la propagación de la civilización á un sinnúmero de pueblos que antes vivían en la más abyecta barbarie, la abolición de la esclavitud, la extensión á la generalidad de los hombres del goce de los derechos de hombre, esto se andaba realizando en la época de que tratamos, y nada de esto se realizaba en el siglo de Augusto; con perdón, pues, de los manes de Virgilio y Horacio, opto desde luego por los tiempos apellidados bárbaros.

¿Se sonríe V. de la paradoja, mi estimado amigo? ¿Imagínase tal vez que ni yo mismo creo lo que acabo de decir? Pues viva V. seguro que hablo de todas veras, y que mis palabras son la expresión de convicciones profundas. Ya le indicaba en una de mis anteriores, que en ciertas materias, quizás no llevaba V. tan lejos como yo el espíritu de exámen, y que estaba medianamente tocado de escepticismo; esto produce que en cuanto se me alcanza,

no me dejo deslumbrar por nombres, ni por *opiniones recibidas*; y por más seguridad con que oiga afirmar una cosa, me ocurre desde luego un *¿quién sabe?*... que me pone desconfiado y meditabundo. A pesar de todo, pareceme que difícilmente me absolverá V. de la blasfemia que acabo de proferir contra el siglo de Augusto; y así menester será alegar descargos. Escúchelos V. sin prevención, que al fin, no fuera extraño que se conformase con mi modo de opinar.

Y á la verdad, deslumbradores son los rayos de la ciencia, hechiceros los cantos de la poesía, seductor el brillo de las artes; pero si nada de esto sirve para el bien de la humanidad, si únicamente se limita á realzar el esplendor, y acrecentar y avivar los placeres de unos pocos que moran en opulentos palacios, comiendo del sudor del pueblo, disipando los tesoros que se han amontonado de las provincias estrujándolas con la mayor crueldad, ¿qué gana en ello el humano linaje? ¿Esta civilización y cultura son acaso más que bellas mentiras? Hay paz, pero esta paz es el silencio de los oprimidos; hay goces, pero son los goces de unos pocos, y la abyección de todos; hay ciencias, bellas artes, pero postradas á los pies del poderoso, no llenan su misión que es mejorar la condición intelectual, moral y material del hombre; todo es vicio, prostitución, lisonja; perezca pues todo, diría quien desde entonces pudiera extender sus miradas á los tiempos futuros; haya guerra, pero guerra regeneradora que ha de cambiar la faz del mundo, llamando á la civilización cristiana cien y cien pueblos bárbaros, destronando á la opresora del orbe, y dando principio á las grandes naciones que nos asombrarán con sus adelantos y poderío; haya calamidades públicas, que al menos no serán tan afrentosas como esa esclavitud que pesa sobre el mayor número de los individuos que forman la sociedad antigua, y se andará preparando la era dichosa en que para disfrutar de los derechos de ciudadano bastará ser hombre; perezcan, nada importa, las ciencias y las bellas artes, si están reservados á los



siglos venideros genios prodigiosos como Tasso, Milton y Chateaubriand, Miguel Angelo y Rafael, Descartes, Bossuet y Leibnitz; hágase trizas esa civilizacion falsa, esa cultura raquítica que sancionan el monopolio de las ventajas sociales, y cedan su puesto á otra civilizacion y cultura mas grandiosas, mas espléndidas, y sobre todo mas justas y equitativas, que llamen á la participacion de ellas un mayor número de individuos, abriendo las puertas para que puedan disfrutarlas todos, en cuanto lo consienta la naturaleza del hombre y de los objetos sobre los cuales ejerce su actividad.

En pos de la irrupcion y undulaciones de los pueblos bárbaros, vino el feudalismo; sistema social y politico contra el cual podrá decirse todo lo que se quiera, pero que indudablemente fué un verdadero progreso, supuesto que erigiéndose, por decirlo así, en soberanía la propiedad territorial, se asentaba un principio que modificado y corregido con el trascurso del tiempo, podia servir mucho para la organizacion de las sociedades modernas. Habia desórden, opresion, vejaciones, males sin cuento, es verdad; pero al menos se comenzaba á establecer un sistema, se daba asiento á los pueblos vencedores, se arraigaba el amor á la vida agrícola y el respeto á la propiedad, se desarrollaba el espíritu de familia; y las inclinaciones del corazon encontrando objetos mas estables y apacibles se hacian por necesidad menos turbulentas, se preparaban á la tranquilidad y á la dulzura. Malos como eran los tiempos de los siglos XII y XIII, ¿quién no los prefiriera á los que siguieron despues de la disolucion del imperio de Carlomagno?

Nadie negará que hasta principios del siglo XVI las sociedades europeas andaban mejorándose rápidamente; por manera que no verificándose en ningun otro punto del globo decadencia notable, ya que los demás pueblos puede decirse que en general permanecieron estacionarios, todavía debemos confesar que el linaje humano progresaba. Los grandes descubrimientos que tuvieron lugar en el si-

glo XV hacian esperar que en el XVI se inauguraria una era de prosperidad y ventura, que rebosando en Europa, se derramaran por todas las regiones de la tierra. Desgraciadamente el cisma de Lutero vino á desvanecer en buena parte tan halagüeñas esperanzas, y las calamidades que han caido sobre la Europa durante los tres últimos siglos podrian hacernos dudar de la proposicion que llevamos establecida.

Como quiera, aun llevando en cuenta los males acarreados por los cismas religiosos, y la incredulidad é indiferentismo que han sido su consecuencia, no me parece que pueda negarse que la humanidad en general haya carecido de la compensacion arriba indicada. Tomando las cosas en su raiz, es decir desde que Lutero y sus secuaces dividieron en dos la gran familia europea, debe considerarse que las sucesivas conquistas que ha ido haciendo el catolicismo en las Indias orientales y occidentales, resarcen, quizás con ventaja, las pérdidas que en Europa ha sufrido la unidad de la fe. Si á esto añadimos que allí donde no se ha establecido la religion católica, al menos se han propagado algunas luces del cristianismo por medio de una ú otra de las sectas disidentes, lo que tal como sea siempre es muy preferible á la idolatría y embrutecimiento en que estaban sumidos aquellos países, si atendemos á los progresos que allí mismo han tenido el desarrollo intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad, resultará que aun dando á la historia de los tres últimos siglos en Europa los mas negros colores, la humanidad no ha perdido, antes se halla recompensada con usura.

Y no es verdad tampoco que la Providencia haya de tal suerte castigado el orgullo europeo en los tres últimos siglos, que al propio tiempo no haya derramado sobre nosotros un raudal de inestimables beneficios. El país donde nacieron hombres tan eminentes en todos los ramos de conocimientos, que cuenta en todas regiones asombrosos genios, y que bajo el aspecto de la religion y de la moral puede ofrecer un san Ignacio de Loyola, un san Francisco



de Sales, un san Vicente de Paul, y cien y cien otros de heróicas virtudes que realizaron sobre la tierra la vida de los ángeles, no puede quejarse que sea poco favorecido de la Providencia, no puede lamentarse en medio de sus revoluciones materiales y morales, de que le haya cabido mayor parte en el infortunio, de la que caber suele en todas partes á la desgraciada humanidad.

Esta última consideracion, mi estimado amigo, me lleva á examinar cuál es la causa de esta desazon que de continuo nos atormenta á los europeos, y á cuantos han participado de nuestra civilizacion. A oírnos cual nos quejamos de la suerte, cual afeamos nuestra situacion presente, cual ennegrecemos el porvenir, diríase que suportamos mayor suma de males que ningun pueblo de la tierra; y aun comparándonos con nuestros antepasados, parecería que fueron mucho mas dichosos. Nunca hablaron ellos tanto de *transicion*, de *necesidad de nuevas organizaciones*, de *insuficiencia de todo cuanto existe*, nunca anunciaron como nosotros esa época que ha de venir realizando el siglo de oro, so pena de hundirse el mundo en un caos, precediendo una conflagracion espantosa.

Cada época ha sufrido sus males, y ha tenido mas ó menos cercanas mudanzas profundas; cada época se ha encontrado con necesidades ó del todo desatendidas, ó mal satisfechas; cada época ha llevado en su seno un gérmen de muerte para lo existente que debia ceder su puesto á lo que se adelantaba con el porvenir. Añadiré además, que dudo mucho que los tiempos presentes deban en nada ponerse á los pasados, considerando los pueblos civilizados en general, y prescindiendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras; y me inclino á creer, que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera por dos motivos: 1.º porque reflexionamos demasiado sobre ellos; semejantes al enfermo que aguza sus dolencias haciéndolas objeto continuo de sus pensamientos y palabras: 2.º á causa de que tenemos mayor libertad para quejarnos, así de viva voz como por es-

crito; añadiéndose además que la prensa, no siempre con recta intencion, lo exagera todo.

Se habla por ejemplo de pauperismo; convengo en que es una llaga dolorosa y que merece llamar la atencion de todos los hombres amantes de la humanidad; pero lo que desearia saber es, qué resultado nos daria el mismo asunto, si lo examinásemos con respecto á los tiempos que nos precedieron. ¿Qué mayor y mas doloroso pauperismo que la antigua esclavitud? ni en el número de los infelices, ni en el grado de su infelicidad, ¿es comparable aquel estado con el de las clases inferiores de nuestra época? Ya sé que algunos se han adelantado á decir que la suerte de los esclavos negros es preferible á la de nuestros jornaleros; no negaré que si se consideran no mas que algunos extremos excepcionales, así en el bien como en el mal, si se toma un esclavo negro, á quien le haya cabido un amor racional, prudente, compasivo, que se guie por las inspiraciones de la sana razon y de la caridad cristiana, y se le compara con algunos de los jornaleros mas desgraciados, se podrá sostener quizás el parangon; pero hablando en general, y poniendo de una parte la masa de los esclavos negros, y de otra la de los jornaleros europeos, ¿será preferible la suerte de aquellos á la de estos? ¿podrá ni siquiera comparársele? no lo creo; y aun cuando no fuera dable señalar hechos positivos, que por cierto no faltan, bastaria la simple consideracion de la naturaleza de las cosas para no quedar indeciso el juicio.

Cuando abolida la esclavitud en Europa le sucedió el feudalismo, durando largos siglos con mas ó menos pretensiones, no creo tampoco que la clase pobre se hallase en mejor estado del en que actualmente se encuentra: léase la historia de aquellos tiempos, y no quedará sobre esto ninguna duda. Figurémonos por un momento que las innumerables legiones de folletistas, periodistas y escritores de obras que actualmente inundan los países civilizados, hubiesen aparecido de repente en medio del feudalismo, que hubiesen podido recorrer el castillo del orgu-



lloso señor, examinando sus cómodos aposentos, su lujoso aparato; que le hubiesen visto salir á una partida de caza con sus briosos caballos, sus gallardos escuderos, sus innumerables perros, insultando con la riqueza de los aderezos la miseria y la desnudez de sus vasallos; que hubiesen presenciado las injustas exigencias, las arbitrariedades, la crueldad con que vejaban á sus súbditos; y supongamos por un momento que en las reducidas poblaciones que acá y acullá se andaban formando, y que conquistaban tan trabajosamente su independencia, hubiesen hallado por ensalmo las prensas de París y Londres, y aprendiendo también de repente los pueblos á leer, se hubiesen hallado con infinitos escritos donde se narrasen y pintasen con los colores que suponer se dejan, las violencias, las injusticias, el destemplado lujo de los señores, y la opresión, la miseria, las calamidades de los vasallos; ¿no os parece que el cuadro resultaría negro, que un clamor general se levantaría de los cuatro ángulos de la tierra pidiendo venganza? ¿no os parece que se pondría también de acuerdo todo el mundo en que jamás fueron mayores los males de la humanidad, que jamás fué mas urgente aplicarle un remedio, que jamás fué mas necesaria, mas inminente una profunda mudanza en la organización social?

Volvamos la medalla, y miremos su reverso: imaginémonos que en nuestro siglo callan de repente la prensa y la tribuna, que se desvia de la política la atención pública, que no se piensa en las cuestiones sobre la organización social, que los amos se ocupan únicamente de sus negocios, los jornaleros de su trabajo, que nadie cuida de contar cuántos pobres hay en Inglaterra, en Francia y los demás países, que no circulan las narraciones de los padecimientos de las clases menesterosas, con el cálculo de las onzas de pan ó de patatas que tocan al infeliz trabajador y á sus hijos, y con la descripción de la triste y mugrienta habitación en que se ve precisado á albergarse, y que con todo siguiese como ahora el movimiento de la in-

dustria, y se ocupasen los mismos brazos, y fuesen los mismos los salarios, y el mismo el precio de los alimentos y vestidos, ¿no es claro que nuestro estado social no se mostraría con tan negros colores, ni veríamos tan amenazador el porvenir?

Véase pues, mi estimado amigo, con cuánta razón he dicho, que nuestros males eran mayores porque pensábamos demasiado en ellos, porque hay mil medios y motivos de recordarlos, de exagerarlos, y porque el estado actual de la civilización lleva necesariamente consigo el acto reflexo de ocuparse de sí misma. Y no crea V. que yo esté mal avenido con que se dé la conveniente publicidad á los sufrimientos del pobre, ni que desee que se imponga silencio á la clase que sufre para que no cause siquiera el padecimiento de algunas molestias y zozobras á la clase que goza; solo he querido indicar un carácter de nuestra época, señalando la razón de que parezca tener otras particularidades, que se le atribuyen como propias, no obstante de serle comunes con todas las que la han precedido. Que por lo tocante á las simpatías en favor de la clase menesterosa á nadie cedo: y respetando como es debido la propiedad y demás legítimas ventajas de las clases altas, no dejo de conocer la sinrazón y la injusticia que á menudo las deslustra y las daña.

Me inclino á creer que si V. no ha adoptado mis opiniones en todas sus partes, al menos convendrá en que no son para desatendidas, supuestos los argumentos en que las he apoyado; y estoy seguro de que en adelante se parará V. algo mas en el verdadero sentido de la palabra *transición*, y no le dará tanta importancia como antes le concedía. Ciertamente no alcanzo cómo se ha podido meter tanto ruido con estas y otras expresiones semejantes, cuando bien analizadas no se encuentra que signifiquen otra cosa que la inestabilidad en las cosas humanas; inestabilidad cuyo conocimiento no data ciertamente de los tiempos modernos.

Así, tampoco concibo cómo se atreven algunos á pro-



nosticar **la** muerte del catolicismo, fundándose en que el nuevo estado á que van á *pasar* las sociedades, no podrá consentir **ni** los dogmas ni las formas de esta religion divina; como si el mundo hubiese permanecido durante diez y ocho siglos sin ninguna clase de mudanza; como si la fe y las augustas instituciones que nos dejó Jesucristo necesitasen para conservarse de las obras del hombre.

¿Acaso **la** organizacion social del primer siglo del cristianismo **no** era muy diferente de la del tiempo de Teodosio el grande? ¿Acaso la Europa de los bárbaros se parecia en **nada** á la Europa del imperio? ¿Acaso la época del feudalismo se asemejaba á los trastornos de la irrupcion de las hordas del Norte, ni la prepotencia de los barones á la pujanza de la monarquía? ¿Acaso el siglo de Francisco I fué el siglo de Luis XIV, ni este el de Luis Felipe? Verificáronse en ese espacio de diez y ocho siglos revoluciones colosales, pasaron sobre la sociedad europea vicisitudes innumerables, la vida pública y privada de los pueblos se modificó, se cambió de mil maneras; y sin embargo **la** religion permaneciendo la misma sin prestarse á **ninguna** de aquellas transacciones que la destruirian por **su** base, ha podido y sabido acomodarse á lo que demandaban la diversidad de tiempos y de circunstancias; **sin** hacer traicion á la verdad, no ha perdido de vista el **curso** de las ideas; sin sacrificar á las pasiones la santidad de la moral, ha tenido en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin alterar su organizacion interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas á las necesidades de los pueblos sometidos á su fe.

¿Ignora V. estos hechos, mi estimado amigo? ¿hay en ellos algo que consienta ni disputa siquiera? Deje V. pues esas palabras vanas que nada significan, que solo sirven á nutrir con vagas generalidades ese fatal estado de duda y de escepticismo que es la verdadera agonía del espíritu. Bien conoce V. que no aborrezco el progreso de la sociedad, que lo miro como un beneficio de la Providencia, que

no soy pesimista, ni me complace en condenar todo cuanto existe y todo cuanto se columbra en el porvenir; pero deseo que se distinga lo bueno de lo malo, la verdad del error, lo sólido de lo fútil; deseo hacer lo que Vds. los escépticos nos exigen, y que sin embargo no practican: *examinar con buena fe, juzgar con imparcialidad.* Queda de V. su affmo. Q. B. S. M. — J. B.